

que las sectas se hallan desunidas y despedazadas; *b*, que la mayor parte de los sectarios llevan vida disoluta y desenfrenada, y profesan principios inmorales; *c*, que sus doctrinas tienen carácter y origen paganos, y tienden á la eliminacion completa de todo elemento cristiano; *d*, que sus principios son insostenibles y están llenos de contradicciones, especialmente en cuanto separan del Dios supremo á la creacion, atribuyen las lagunas de ésta á imperfecciones de su Autor, admiten un progreso infinito, humanizan la divinidad (antropomorfismo y antropopatismo), conciben mal la relacion que existe entre el mundo ideal y el mundo sensible, y degradan al Redentor y al Dios altísimo imputándoles las ilusiones de los hombres, sus falsas y erróneas opiniones; *e*, que las pruebas que sacan de las cartas y de las cifras, son insostenibles; que interpretan mal las Escrituras, alegan libros apócrifos, y no se apoyan más que en un pequeño número de tradiciones secretas, de mitos paganos, etc.

Muestran, por el contrario, la perfecta conveniencia de los dos Testamentos, el fin y la realidad de la Encarnacion, la credibilidad universal de los documentos conservados en la Iglesia y de su doctrina tradicional, la sublimidad del culto establecido por Jesucristo, sobre todo del Eucarístico, la fuerza demostrativa de la sucesion apostólica y de los dones de la gracia que se continúan en el seno de la Iglesia. A la falsa gnósis oponen la gnósis verdadera, la gnósis eclesiástica, que reposa sobre la fe y demuestra que el verdadero cristiano, perfecto en la teoría como en la práctica, es tambien el verdadero gnóstico. Los hombres más eminentes de la Iglesia combatieron la falsa gnósis en sus escritos y lecciones verbales.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 140.

Plotin., Ennead., II, lib. IX, *πρὸς τοὺς ἰουδαίους*. De los autores cristianos no tenemos desgraciadamente ni la Syntagma de Justino contra todas las herejías (Apol., I, 26; Euseb., IV, 11), ni muchos otros escritos preciosos de Meliton, Agr. Castor, etc. Las obras que nos quedan se completan á menudo las unas con las otras: *a*, Iren., libri V Adv. har.; Tert., De praescr.; *b*, Clem., in Strom.; véase Baur, p. 489 y sig.; *c*, Hippol., Philos.; *d*, Iren., II, 1 et seq.; Tert., Adv. Val., Contra Marcion., De carne Christi, etc.; Orígenes en muchas homilías; *e*, Iren., Orig., Tert.; *f*, Iren., I, 10; III, 1 et seq.; V, 1 et seq.; Clem., Strom., VII, 17 et seq. Sobre la gnósis cristiana, Clem., Strom., I, 20; II, 2, 4, 6; VII, 10. Bello pasaje, Iren., IV, xxxiii, 8: la verdadera gnósis es *ἡ τῶν ἀποστόλων διδαχὴ καὶ τὸ ἀρχαῖον εἰς ἐκκλησίαν εἶδημα*.

§ 6. El maniqueísmo.

141. La gnósis helenizante tuvo su pleno desarrollo en el curso del segundo siglo y en los principios del tercero; pasado este tiempo, no revistió ya forma nueva. Sin embargo, tuvo su repercusion en el maniqueísmo, llamado la gnósis persa, el cual parecia proponerse constituir una religion popular con el dualismo persa y el Cristianismo entendido á la manera de los gnósticos. Esta religion habia de implantarse desde luégo en el imperio de los persas, que se levantaba vigorosamente bajo las Sassanidas y tan frecuentemente se habia mezclado en las luchas con los Emperadores romanos, y propagarse despues por las otras partes del mundo. Era una amalgama de ideas búdicas, persas y elkesaitas. El contacto de estas ideas con la civilizacion de los sistemas religiosos del Occidente, produjo poderosa fermentacion en los espíritus.

Sobre el fundador de esta religion nueva, reina gran divergencia entre los datos de los griegos y los de los occidentales. Conviene, sin embargo, en que este fundador, cuyo nombre era Mani, sufrió hácia el 277 ignominiosa muerte por órden del rey de los persas. Segun los occidentales, se llamaba Cubriens, esclavo emancipado, que habia heredado de Scythiano, mercader sarraceno, contemporáneo de los apóstoles, cuatro libros de religion procedentes de Terebinto ó Buddas, discipulo y sectario de este mercader. Habria tomado en Persia el nombre de Manes y habria trabajado sobre la doctrina contenida en estos libros. Acogido favorablemente al principio en la corte de los persas, fué cargado de cadenas y encerrado en una prison por haber fracasado en la curacion de un príncipe que un exceso de confianza le habia llevado á emprender. Recibió allí la visita de tres jóvenes Abdas ó Buddas, Herméas y Tomás, á quienes habia hecho otras veces viajar; manifestóle que en ninguna parte habian encontrado tanta resistencia como entre los cristianos, de quienes procedian los libros que le presentaban.

Manes los leyó ávidamente y resolvió explotar en provecho suyo los pasajes concernientes á la promesa de un consolador. Consiguió, á fuerza de dinero, salir de su prison, llegó á Mesopotamia é intentó por medio de sus discípulos y con sus escritos ganar á los cristianos; pero tuvo que aceptar una controversia con Arquelao, Obispo de Cascar, y fué vencido. No tardó mucho en caer en manos de los soldados del rey de Persia que le hizo desollar vivo.

Segun las narraciones persas, por el contrario, Manes habria sido el descendiente de una ilustre raza de mágicos, se habria distinguido como sabio y como pintor, y luégo, cristiano y sacerdote, habria sido expul-

sado de la Iglesia por sus ideas anticristianas. Llegó en 270, reinando Schapour I (Sapor), á la corte del rey de Persia, pero se vió obligado á emprender la fuga á causa de sus disputas religiosas con los magos. Ocultóse en la provincia de Turkestan, donde redactó su Evangelio, que embelleció con figuras simbólicas. Se cree que fué también á la India y á la China. Despues de la muerte de Sapor (272), volvió á Persia, donde el rey Hormuz (Hormisdas) le fué favorable y le dió una fortaleza para su seguridad. Muerto este rey despues de un reinado de dos años, su sucesor Behran I (Vararanes) le fué hostil. Le hizo sacar de la fortaleza de Daskarrah (Deskereh, en la Susiana), y llevar ante los mágicos, so pretexto de disputar con ellos; pareció que sucumbía en la controversia, y le hizo morir en la forma que se ha dicho más arriba.

Segun los datos suministrados por Mohamed-en-Medim, en el segundo siglo, sacados, dicese, de los escritos de Manes, éste habria sido hijo de un sacerdote pagano, el *mendeen* Fonnaq (Futak) de Babilonia, y habria sido educado por su padre en la religion de Mogsasilah (elkesaitas). Advertido por un ángel, á los doce años, de que abandonara esta religion, no habria obedecido á esta revelacion sino doce años despues, á la de edad de veinticuatro, á consecuencia de una nueva aparicion del ángel; entónces fué cuando se convirtió en reformador religioso. La oposicion entre el bien y el mal, tal como era formulada en la antigua doctrina de Zend, fué su principio fundamental, á pesar de haber tomado numerosas ideas de los sistemas panteístas. Más tarde, su vida ha sido embellecida con multitud de leyendas. Se le identificó con Zoroastro, Boudha, Mani, Helios, Cristo. Había en las fronteras de Persia y la Bactriana huellas del culto bídhico que ejercieron ciertamente sobre el grande influencia.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 141.

FUENTES. — 1.º Acta disputationis cum Manete, por Arquelaos, c. 276; Migne, Patr. gr., t. X, p. 1429 et seq. Su autenticidad ha sido puesta en duda por Beausobre (Hist. crit. de Manichée y de Manich., Amst., 1734 et seq., en 4.º, t. II) y algunos críticos; pero ha sido sólidamente demostrada, no solamente por el primer editor (Zaccagni, Roma, 1698), sino por otra multitud de sabios, con argumentos internos y externos. 2.º Eus., VIII, 31; Soer., I, 22; Hier., Cat., cap. LXXII; 3.º Titus Bostr., libri III contra Manich. (Migne, t. XVIII, p. 1069, seq.); 4.º Alex. Lycop., Tract. de placitis Manich. (ibid., p. 411 et seq.); 5.º Cyrill. Hier., Cat., vi, n. 21 et seq.; 6.º Epiph., Hær., LXVI; Theod., Hær. fab., I, 26; 7.º Aug., Contra ep. fundam., y en muchos escritos, Op., t. VIII, ed. Maur.; 8.º Phot., Contra Manich., I, 11-15, donde son citados aparte de los autores griegos ya nombrados, Serapion de Thmuis, Heraclio de Calcedonia (Bibl., cod. LXXXV), y el sacerdote Trifon, como adversarios de la secta. 9.º Fuentes orientales, Herbelot, Bibl. or., Paris, 1697, in-fol., y Sylv. de Sacy, Mémoire sur diverses antiqui-

tés de la Perse (ibid., 1733); 10. Datos árabes, Gust. Flügel, Mani, seine Lehre n. s. Schriften. Extracto de Fihrist (387) de Ibn Abi Ja'Kub an Nadim, publicada por primera vez en Leipzig, 1862, y Chwolson, Die Ssabier, San Petersburgo, 1856. — Elaboraciones: Alticottius, S. J., Diss. hist. crit. de ant. novisq. Manich., Rom., 1763; Tillemont, Mémoires, t. IV, p. 367 et seq.; Beausobre, op. cit.; Walch, Ketzehist., I, 685 y sig.; Baur, Das manich. Rel.-System., Tub., 1831; Golditz, Entstehung des manich. Rel.-Syst., Leipzig, 1838; Trechsel, Kanon, Kritik u. Exegese der Manich., Barne, 1832; Wiener Jahrbücher der Lit., 1840; Tüb. Q.-Schr., 1841, p. 574 y sig. Chwolson ha probado que los libros de Cubricus son escrituras mendecanas. Se atribuyen á Mani los libros siguientes: 1.º el Libro de los misterios, en sirio, en veintidos capítulos; Epiph. loc. cit., n. 2, 13; Tit. Bostr., I, 14; 2.º el libro de los capítulos, ó τὸ κεφάλαιον, 3.º el Evangelio (viviente); 4.º el Tesoro de la vida, Fragm. ap. Aug. De nat. boni, cap. XLIV; De act. cum Felic., I, 14; Evod., De fide, n. 5; muchas cartas Ad Oddam, ad filiam Menoch, ad Zebenem, ep. fundamenti, ad Marcellum (Epiph., n. 6; Disp. Contra Man., n. 5); Fragm. ap. Fabricium, Bibl. gr., ed. Harless., VII, p. 312 et seq.; Mai, Nov. Coll., VII, I, 17, 69.

Exposicion del maniqueísmo.

142. El maniqueísmo admite primero dos principios eternos, iguales entre sí, cada uno de los cuales tiene su reino, que son la luz y las tinieblas, Ormuzd y Ahriman, con numerosos clones de una y otra parte. El Dios de la luz es bueno y santo, parecido á un sol bienhechor, y todo lo llena con su luz. El dios de las tinieblas (Satán) es material y malvado, así como sus demonios. Su imperio tiene cinco regiones: las tinieblas exteriores, la materia opaca, los vientos impetuosos, el fuego devastador, el humo oscuro. En este imperio reinan la discordia y los eternos combates. Desde el fondo de esta lucha interior, los demonios distinguen la luz que desde arriba les atrae; concluyen un armisticio y deciden invadir el imperio de la luz. Para evitar esta invasion, el Dios bueno emite de su esencia una fuerza, la «madre de la vida», el alma superior del mundo, de donde sale el primer hombre. Provisto de cinco elementos más puros (la luz, el fuego, el viento, el agua y la tierra), el primer hombre emprende la lucha con las tinieblas. Estas le quitan una porcion de su luz que se mezcla con la materia y la hace apta para recibir una forma.

De esta suerte se operó la mezcla de los dos imperios. El «Espiritu viviente» vino en auxilio del primer hombre y formó el mundo visible. El alma de este mundo es el elemento luminoso, el Hijo de Dios, Jesús, sujeto al sufrimiento, compuesto de porciones de luz arrebatadas por las tinieblas, mientras que las partes salvadas se hallan en el sol y la luna: es el Jesús inaccesible al sufrimiento. Estas últimas partes (Jesús impasible — influencia de los astros) deben librar

á las primeras (Jesús pasible) y restablecer los antiguos límites. El hombre es una copia del mundo; engendrado por el príncipe de las tinieblas y por su compañera (Nebrod), reúne en sí, con la imagen del Dios bueno, con las partes luminosas, las constitutivas de la materia; posee las dos naturalezas, el alma racional y el alma irracional. Habiendo hecho el príncipe de las tinieblas que la naturaleza luminosa y cautiva fuese libertada, persuadió á sus compañeros que le abandonaran su parte de esta naturaleza, la absorbió en sí é intentó relegar en Adan la mayor parte de este robo hecho al mundo de la luz. Entónces engendró de Hyle á la mujer Eva, con el designio de encadenar á Adan, por medio de la voluptuosidad, dispersar la naturaleza luminosa que residía en él, y debilitado así, hacer imposible la liberación de esta naturaleza.

Sobreexcitada la sensualidad de Adan, la naturaleza luminosa cautiva (el alma del mundo) fué más y más individualizada por la generación y la propagación, y la fuerza para regenerarse embarazada por innumerables prisiones (los cuerpos).

El primer matrimonio fué tambien el primer pecado. Los hombres, sin embargo, no quedaron enteramente perdidos; la transgresión del precepto que ordenaba no comer del fruto prohibido, provenía de su naturaleza superior, del Dios bueno. El alma luminosa emanada de su reino, no hubiera podido sucumbir completamente á la materia y ser vencida por el alma mala. El hombre reúne en sí, de una manera más concentrada que los otros seres, las centellas de luz derramadas por toda la naturaleza; conoce con su alto origen, la misión que le incumbió de reunir en sí, en cuanto sea posible, estas partes luminosas, y de introducir á la naturaleza, á la vez que á sí mismo, en el reino de la luz. Peca sin duda, ó más bien, no es él quien peca, sino la prision que le domina ó el alma mala. Pecar es una pura condescendencia, una debilidad del hombre; por esto cuando se affige por su falta, es fácilmente perdonado.

Siendo incapaz la parte luminosa de librarse por sí misma, el Cristo, que tiene su trono en el sol, el alma luminosa no manchada por la materia, el Jesús imposable descendió hasta los hombres, extraviados por el paganismo y el judaísmo. Dotado de un cuerpo puramente fantástico, no sufrió sino en apariencias. Enseñó á los hombres á purificarse de sus pasiones, á desprenderse de la materia y á volver un día á su patria celestial. Pero sus apóstoles mismos (llamados desdeñosamente « Galileos ») no comprendieron bien su doctrina, y los cristianos que vinieron despues la alteraron todavía más. Previendo esto, el Cristo, el Hijo de la luz eterna, el Hijo del hombre, había prometido enviar la luz,

al Consolador (Paráclito) que apareció despues en Manés para restablecer la religion falsificada. Los perfectos, aquellos que se han desprendido de los vínculos de la materia, llegan desde el principio al sol y á la luna, y luego al éter perfecto y al puro reino de la luz; los demás son condenados á emigrar de un cuerpo á otro en la plantas y animales. Cuando tocan al término de su purificación, el mundo visible es devorado por el fuego.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 142.

Fragm. cit. Manés se decía el Paráclito, Ep. fund., ap. Aug., Contra ep. fund., cap. v. Cf. Eus., loc. cit. El Espíritu Santo es ciertamente tambien « spiritus potens » (Aug., Contra Faust., XX, 9), distinto del Paráclito. Sobre la misión del hombre, Ep. ad fil. Menoch., ap. Aug., Op. imperf., III, 172, 177; Contra Fortun., II, 21; Secundin., in ep. ad Aug., § 2. La doctrina del alma buena y del alma mala es igualmente profesada por el persa Araspas, en Xénoph., Cyropæd., VI, 1, 21.

143. Los maniqueos rechazaban todo el Antiguo Testamento y creían en parte apócrifo y en parte interpolado el Nuevo. Suponían hallar en él la zizafia sembrada por el mal arconte, y pretendían que el Cristo y los apóstoles se habían acomodado á las preocupaciones de los judíos ó que los discípulos, inexpertos aún, lo habían comprendido mal. Invocaban los escritos de San Pablo y los Evangelios canónicos, pero sobre todo, los Evangelios apócrifos. Oponían á las Actas de los Apóstoles escritas por San Lúcas, las de Lucio ó Leucio y consideraban como canónicos los libros de Manés. Posteriormente llegó á ser abundantísima la literatura maniquea, y como esta doctrina tenía analogía con el gnosticismo, podía encontrar auxilio en sus obras y utilizarlas para su intento de demostrar la reprobación del judaísmo, la falsificación de los escritos del Nuevo Testamento, y la mezcla de ambos reinos, el de la luz y el de las tinieblas.

Al hablar de Cristo, los maniqueos usurpaban con frecuencia la terminología de los católicos, reconocían las tres personas divinas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, pero solamente de palabra, porque no veían en las dos últimas sino una emanación de la primera, ó más bien, segun una teoría posterior (que se encuentra en Fausto), las tres no eran sino diversas denominaciones de la divinidad esparcida en la luz superior, en el sol, la luna y el éter puro. Ponderaban sobre todo la superioridad de su fe racional sobre la fe eclesiástica, si bien se limitaban á reemplazarla con la autoridad de su Manés. El aniversario de la muerte de éste celebrábase todos los años en el mes de Marzo, bajo el título de Fiesta de la Cátedra (*cathedra, bema*).

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 143.

Fausto decía á propósito del Cónon, en Aug., *Contra Faust.*, XXVII, 9: «*Nobis Paracletus ex N. T. promissus perinde docet quid accipere ex eodem debeamus et quid repudiare.*» El Evangelio de Santo Tomás era, según Cirilo, *Catech.*, IV, 36, p. 69 un *factum* maniqueo; según el *Catech.*, VI, 31, pertenecía á Tomás, discípulo de Manés. Los maniqueos tenían además un *Evangel. Philippi* (Timoth. Presb. et Leont., ap. Fabric., *Cod. apoc. N. T.*, I, 139, 142, 376 et seq., et *Πιστεία τῶν ἀποστόλων* de Lucio (Aug., *De act. contra Fel.*, II, 6), después *Πιστεία Θεοῦ* (Aug., *Contra Adim.*, cap. XVII; *Contra Faust.*, XX, 79; Fabricio, loc. cit., página 819-827.

Moral del maniqueísmo.

144. La moral de esta secta respondía plenamente á su dogmática. Tendía principalmente á romper los lazos de la materia, á fin de asegurar el predominio del alma luminosa sobre la mala. Su medio era el triple sello de la boca, de las manos y del pecho, según lo enseñado por Jesús. El sello de la boca prohibía toda especie de blasfemias, especialmente contra el Paráclito, el uso de carnes y bebidas espirituosas. Los perfectos debían limitarse á cultivar los campos y árboles fructíferos, dormir no sobre mullidos lechos, sino sobre paja y hierba, llevar vestidos desaseados y ayunar con frecuencia.

El sello de las manos obligaba á perdonar la vida de los animales y plantas, abstenerse de la agricultura y de los trabajos serviles, renunciar á la posesión de los bienes terrenos, y dejar en reposo el cuerpo para favorecer la vida contemplativa. El sello del pecho prescribía la castidad, la abstinencia del matrimonio, ó al menos de la generacion y concepcion. Sin embargo, la union de los sexos estaba permitida, y sólo se prohibía el nacimiento de los niños. Estas privaciones no concernían más que á los perfectos, los elegidos (los iniciados, *perfecti, electi*); los catecúmenos ú oyentes estaban exentos de ellas. Estos últimos podían hacer todo lo que servía para la manutencion de los elegidos y recibían en cambio la remision de sus pecados. La mayor parte permanecía en la clase de oyentes cuanto era posible. Los oyentes eran preparados por medio de instrucciones alegóricas y místicas.

El culto exotérico era sencillo, sin altares y sin rito, y acompañado de salvajes orgías. Los maniqueos se servían de diferentes símbolos para recibir á sus adeptos; bautizaban con aceite, se abstentían de vino en la celebracion de la Eucaristía, se hacían reconocer por diferentes signos y dándose la mano derecha. Formaban enfrente de la Iglesia católica una Iglesia particular. Su jerarquía igualmente aparte, era

presidida por el gran maestro Manés, el Paráclito, cuyo sucesor fué nombrado, no inmediatamente, sino más tarde. Rodeábanle doce apóstoles, por bajo de los cuales estaban los obispos (72), sacerdotes, diáconos, evangelistas y elegidos.

Esta peligrosa secta hizo numerosos prosélitos por su aparatoso ascetismo, por las formas históricas de que revestía su doctrina de lo incomprendible, por la promesa de una sabiduría superior, por el prestigio, en fin, de sus prácticas y misteriosas doctrinas; estaba extendida en Persia lo mismo que en el imperio romano, donde fué considerada como peligrosa. Ya en 296 el emperador Diocleciano ordenó por un decreto quemar á sus jefes con todos sus escritos, decapitar á sus adeptos y confiscar sus bienes. Se acusaba á los maniqueos de entregarse á prácticas inmorales, de haber introducido las obscenidades de los persas y provocado revoluciones. Este edicto, que sirvió de modelo á las leyes que se dictaron en lo sucesivo contra los herejes, fué seguido de muchos otros contra los conventículos de los maniqueos; porque la secta, no contenta con propagarse en secreto, invadía multitud de provincias y principalmente el Africa pro-consular, mientras que la política le daba apoyo y consistencia en el reino de los persas¹.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 144.

Aug., *Hæres.*, cap. XLVI; De moribus Manich.; edicto de Diocleciano, *Ambrosiaster* in II *Tim.*, III, 7; *Baronius*, an. 287, n. 1; Hugo, *Jus civ. antejustin.*, *Berol.*, 1815, II, p. 1463; *Neander*, K.-G., I, 79, 278.

§ 7. Los montanistas y sus adversarios.

Los montanistas.

145. En Frigia, foco del culto fanático de Cibéles, existía, un siglo ántes de Manés, otro partido igualmente fanático, aunque inspirado por intereses morales, el cual pretendía elevar la Iglesia á más alto grado de desarrollo, por medio de un rigorismo práctico y de un falso espiritualismo. Montano, antiguo sacerdote de Cibéles, se había convertido al Cristianismo, abrazándolo con ardiente, pero poco ilustrado celo.

¹ «De todos los sectarios, dice Mähler, los maniqueos son próximamente los que han conservado menos del Cristianismo, y una especie de prescripción los ha mantenido casi sin fundamento entre los herejes cristianos. No se puede decir: han salido de nosotros, pero no eran de nosotros. No son desertores del Cristianismo; lo que hay es que su fundador juzgó á propósito adoptar algunas ideas cristianas, como más tarde lo hizo Mahoma.» (Mähler, *Historia de la Iglesia.*)